



Los borcéguies de Enrique II.

Riñeron los dos hermanos,
y de tal suerte riñeron,
que fuera Caín el vivo
á no haberlo sido el muerto.

Valiente llaman á Enrique,
y á Pedro tirano y ciego,
porque amistad y justicia
Siempre mueren con el muerto.

(Romancero general.)

I

Después de la cruel tragedia
en que murió el rey don Pedro
á manos de una traición
de serviles extranjeros,
su matador don Enrique
gozó en calma largo tiempo
la corona de su hermano
por la fuerza ó por derecho.
Aunque de sangre bastarda,
cuentan de él famosos hechos,
liberalidades grandes,
de Real corazón ejemplos.
Dicen que á Castilla dió
gran prez y engrandecimiento,
en paz viviendo con todos
por la fuerza ó el ingenio.
Y Aragón, Francia y Navarra
y Portugal, le temieron,
y le temblaron los moros
aun teniéndole tan lejos.
¡De la voluntad de Dios
incomprensibles secretos,
mas donde van siempre juntos
los castigos y los premios!

Vivió dichoso este Rey
tras el fratricidio horrendo,
fama conquistando y nombre
de liberal y de recto.
Lo cual celebran los malos
y desespera á los buenos,
que no hay más ley que la fuerza,
ni más justicia creyendo.
Mas bien se ve en don Enrique
por la muerte que le dieron,
de Dios la recta justicia
y la igualdad de los cielos.
Con hierro mató á su hermano,
y él acabó con veneno;
por extranjeros matóle,
y á él matáronle extranjeros.

Veía el Rey de Granada,
ayudador de don Pedro,
del reino de don Enrique
la prez y acrecentamiento.
Veíalo, recelando
que la memoria de aquello,
y el rencor que produjera
de don Enrique en el pecho,

aún en él se alimentaran,
fermentando en el silencio;
y el moro pensó en sí mismo
y pensó con mucho acierto.
Veló, inquirió con astucia,
de sus espías por medio,
el grande apresto de guerra
que el de Castilla iba haciendo.
Y al ver la paz asentada
con los inmediatos pueblos,
y á los monarcas cristianos
en amistad y sosiego,
penetró del rey Enrique
el oculto pensamiento,
y otro pensamiento oculto
pensó oponerle resuelto.
«Amigo fuí de su hermano
(dijo el moro); él es soberbio,
y el ultraje no ha o'vidado,
y está á volvérame atento.
Ganémosle por la mano;
y astutos al defendernos,
vengüemos con sangre suya
la sangre del rey don Pedro.»
Dijo esto el moro una tarde
por los jardines amenos
del alto Generalife
en solitario paseo.
Y enderezando los pasos
al alcázar opulento
de la Alhambra, mandó al punto
que llamaran en secreto
á un moro de grande ciencia
y en medicinas muy diestro,
el mejor de sus amigos
y el más leal de sus deudos.
Vino el moro, y encerrándose
con él en un aposento,
en larga plática oculta
hasta el alba se estuvieron.
Nadie lo que hablaron supo,
nadie jamás cayó en ello;
los hechos lo revelaron
y lo aclaró sólo el tiempo.
Sólo se dijo en Granada
con recatado misterio,
que el sabio huía del Rey,
y el Rey le echaba del reino.

II

En Santo Domingo estaba
don Enrique, y muy ufano
celebraba con festejos
sus paces con el navarro.
Todo era gozo en la corte,
todo en la ciudad saraos,
y luminarias y músicas,
cañas, toros y caballos.
Andaban los caballeros
con las bandas y penachos
de los colores del gusto
de ambos á dos soberanos.
Y andaban los trovadores
con cantares regalados
las grandezas de ambos reyes
en sus rimas encomiando.
Y andaba el rey don Enrique
con largueza Real premiándolos,
ya elogiándoles los versos,
y ya con oro pagándoselos.
Y andaba Villa Sandino (1),
poeta el más afamado,
entre la gente de corte
vestido á lo cortesano.
Y andaba Pero Ferrús
sus dulces trovas cantando
desde el alba hasta la noche,
desde la choza al palacio.

Y en una tarde serena
del mes de Abril, á caballo
con su corte el rey Enrique
quiso salir por el campo.
Ya comenzaban entonces
las florecillas del prado
á salpicar de los céspedes
el verde y tendido manto;
ya iba el tomillo oloroso
sobre los juncos brotando,
llenando el aura de aromas
cuanto más puros más gratos;
ya empezaban á vestirse
de frescas hojas los álamos,

(1) Véase la nota 1.^a, pág. 312.

y las rojas amapolas
á crecer en los sembrados.
Y todo la primavera
por doquier iba anunciando,
con su hierba la campiña
y con sus trinos los pájaros.
Cabalgaba don Enrique
con sus nobles platicando
por fuera de la ciudad
en paseo sosegado,
cuando, jinete seguro
sobre un potro jerezano,
vió que hacia ellos llegaba
solo un árabe gallardo.
Sobre el almete de acero
rollaba turbante blanco,
y espesa malla vestía
bajo el almaizal plegado.
Corvo alfanje y lanza aguda
llevaba en opuestos lados,
y con cadenas de plata
el negro potro arrendado.
Y en fin, las prendas que usaba
la opulencia iban mostrando,
y su bizarra apostura
lo noble del africano.
Detuvo el Rey su trotón
un punto para mirarlo,
y su potro el sarraceno
tuvo también, saludándolo.
Quedáronse unos momentos
mirando uno á otro entrambos
hasta que así dijo el Rey,
y así dijo el africano.

EL REY

Vengas en paz, sarraceno.

EL MORO

Alá te guardo, cristiano.

EL REY

¿Adónde va el agareno?

EL MORO

Á buscar al castellano.

EL REY

Pues qué, ¿no da ya Granada
A los creyentes asilo?

TOMO I

EL MORO

Mina una lengua dañada
el corazón más tranquilo.
No hay moro que más resuelto
servido haya á su señor;
mas el semblante me ha vuelto
Mahomad, como á un traidor.
Sin lealtad y sin fe
se olvidó de mi amistad,
y allí á Mahomad dejé,
¡Alá guarde á Mahomad!

EL REY

¿Y qué espera del cristiano?

EL MORO

Diz que es un Rey caballero
el vuestro Rey castellano
y á ofrecerle voy mi acero.

EL REY

¿Y si te recibe mal?

EL MORO

Continuaré mi camino.

EL REY

¿Y si osa á ti desleal?

EL MORO

Me avendré con mi destino.
Mas de ello estoy bien ajeno;
¿para mí malo ha de ser
quien para todos fué bueno?
¿Ante él me podéis poner?

EL REY

Moro, en su presencia estás;
y tu acendrada opinión
no desmentirá jamás
la fe de su corazón.

EL MORO

¿Tú eres don Enrique?

EL REY

Sí.